

**LOS DESECHOS DEL CANON.
EL FOLLETÍN SEGÚN PAUL GROUSSAC**

**THE WASTE OF THE CANON.
THE SERIAL ACCORDING TO PAUL GROUSSAC**

Juan Manuel Fernandez¹

Resumen: En los ensayos de Paul Groussac publicados en *La Biblioteca*, sobre todo en “La educación por el folletín” (1897), se hace manifiesta una inquietud del canon crítico argentino frente a una producción literaria a la que se concibe como basura, en plena proliferación y dirigida a una población a la que se piensa también como un desecho social. En un abordaje de la recepción contemporánea de Zola por parte de jóvenes escritores profesionales, Groussac impugna, primeramente, una literatura del escritor militante, dirigida al gran público, en la que resuena el conflicto social que involucra a los obreros y al lumpen. La crítica al folletín supone también una respuesta conservadora frente a tendencias políticas y estéticas modernas que considera disolventes, en defensa de un concepto de sociedad apolíneo, centrado en la familia, coherente con los principios civilizatorios, científico-sociales y morales, de la latinidad y la cristiandad. Sus producciones críticas y literarias dialogan también con los discursos gubernamentales y con las tesis crepusculares de la psiquiatría contemporánea. En ellas puede hallarse una oscilación entre un rol higienista, que distingue lo saludable de lo patológico en las artes y las ciencias, y una experimentación o asimilación de esta producción literaria destinada al excedente social, que lo posiciona, inesperadamente, como escritor de literatura folletinesca.

Palabras clave: Paul Groussac; Literatura Latinoamericana; Literatura folletinesca.

Abstract: In Paul Groussac’s essays published in *La Biblioteca*, especially in “La educación por el folletín” (1897), a concern of the Argentine critical canon is manifested in the face of a literary production that is conceived as garbage, in full proliferation and directed at a population that is also thought of as social waste. In an approach to the contemporary

¹ Doctor en letras por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina: <jfernandez@upc.edu.ar>.

reception of Zola by young professional writers, Groussac challenges, first of all, a literature of the militant writer, aimed at the general public, in which the social conflict that involves the workers and the lumpen resonates. The criticism of the feuilleton also supposes a conservative response to modern political and aesthetic tendencies that it considers dissolving, in defense of an Apollonian concept of society, centered on the family, consistent with the civilizing, social-scientific and moral principles of Latinity and christianity. His critical and literary productions also dialogue with government discourses and with the crepuscular theses of contemporary psychiatry. In them one can find an oscillation between a hygienist role, which distinguishes what is healthy from what is pathological in the arts and sciences, and an experimentation or assimilation of this literary production aimed at social surplus, which positions him, unexpectedly, as a writer of serial literature.

Keywords: Paul Groussac; Latin American Literature; Serial Literature.

“Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros
alegres y saltantes como jóvenes potros;
unos con largas barbas como los padres-ríos;
otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos,
y robustos músculos, brazos y lomos aptos
para portar las ninfas rosadas en los raptos.”
(Rubén Darío, *Coloquio de los centauros*)

A fines de siglo XIX, Paul Groussac (1848-1929) una figura emblemática de la crítica literaria argentina comprometida con la formación del canon literario nacional, ofrece, en la revista *La biblioteca*, un embrionario abordaje de la literatura de masas en el que la presenta, con lógica sanitarista, como un producto descartable, obsoleto antes de publicarse, con efectos nocivos para la salud social, cuya proliferación, ajena a los criterios académicos de calidad y de consagración, resulta imperioso poner bajo control. Como las pestes de ese entonces, el folletín, al igual que otras publicaciones periódicas, se disemina rápidamente a través de papeles baratos y malas traducciones, por las principales ciudades del Cono Sur.² Este fenómeno literario supone una intromisión del mercado en una actividad que era, hasta entonces, prácticamente exclusiva de las elites. La literatura de masas es asociada, a su vez, con subjetividades a las que conciben como un desecho humano: la “basura social” (GROUSSAC, 1897b, p. 319). En sus ensayos, Groussac procura intervenir en la elaboración y la difusión de este producto industrial desechable en consideración a la amplitud de su llegada y a su éxito cada vez más resonante.

² Comprendemos al concepto Cono Sur en el sentido restringido en el que aparece en Rapoport y Cervo (2002).

Haciéndose eco de la crítica francesa, estas intervenciones se presentan como una respuesta fóbica a las asimilaciones locales del naturalismo de Emile Zola, particularmente la de los jóvenes escritores, la primera generación entre los latinoamericanos que busca sostenerse profesionalmente en los medios gráficos, en un momento de gran expansión. Sus ensayos, en este sentido, se dirigen inicialmente a los jóvenes, a los nuevos escritores de las redacciones, así como a las lectoras y los lectores de folletines. Con sus intervenciones, Groussac afirma, asimismo, su autoridad para juzgar no solo el valor de la herencia cultural y las producciones literarias del momento, sino también de las teorías científicas que sirven de fundamento a la sociología y a las políticas públicas. En esta serie de textos publicados en la revista oficial de la Biblioteca Nacional, se pone de manifiesto un cuestionamiento regional a la pertinencia de la teoría eugenésica para el abordaje de las expresiones políticas, culturales y literarias modernas, sobre todo, las argentinas. A su vez, es posible observar la permeabilidad de esta misma matriz teórica en las propias obras literarias de Groussac, quien también escribe folletines para publicaciones periódicas como forma de intervención en la discusión literaria y sociológica contemporánea.

“LA EDUCACIÓN POR EL FOLLETÍN”, EL ARREO DE LOS JÓVENES CENTAUROS

Un ejemplo elocuente de estas intervenciones es el artículo “La educación por el folletín”³ de Paul Groussac (1897b), director de la Biblioteca Nacional desde 1885, publicado en la célebre revista *La Biblioteca*, que dirigía. En esta cáustica intervención, Groussac califica a *Paris* de Zola, novela por entregas que aparecía, en ese entonces, en la tercera página del diario *La Nación*, como bazofia, por definición, el excremento y la basura doméstica. Su crítica contra este folletín es presentada como una cuestión que atañe, más que al arte, a la moralidad pública (p. 322). Si bien denuncia como espurio el interés comercial del folletín, su crítica puede leerse también como una rebuscada promoción de su propia revista, que explota los ecos del escarnio entre las familias patricias, más efectivos, al parecer, que los avisos de *La Biblioteca* que aparecen en el mismo diario. La publicidad de la revista, sin atender a su rango, aparece entre las de

³ Sobre “La educación por el folletín”, cf. Pas (2015). Sobre Groussac, cf. González (2004), González y Vermeren (2007) y Bonfiglio (2011).

otros productos de consumo, como el biter *Gaillard* (GROUSSAC, 1897b, p. 313). Ante esta confusión “democrática”, Groussac sostiene la necesidad de restablecer las jerarquías. “La educación por el folletín” es un llamado de atención sobre los supuestos efectos nocivos de la literatura de masas, un producto infame de las metrópolis, que comienza a diseminarse también en Buenos Aires con la expansión de su mercado de bienes, en pleno proceso de democratización. Su artículo es sintomático de un verdadero acontecimiento editorial si consideramos, además, que pocos meses después comienza a publicarse la célebre revista *Caras y Caretas* y que, ya en ese entonces, la revista *El Quijote* era un éxito de ventas entre los sectores medios.⁴ Frente a este contexto, Groussac, como director de la Biblioteca Nacional, desde *La Biblioteca*, llama a la familia tradicional a cerrar filas, e incluso, a una cruzada contra esta producción literaria orientada a un consumo popular, en la que augura efectos corruptores sobre la formación moral de la sociedad.⁵ Así concluye su ensayo, en tono de sermón:

Si existe, pues, una misión sagrada, humana y patriótica, sobre todo para los que tienen cargo de almas, es la de levantar los corazones, virilizar a la juventud, mantener puro y creyente el hogar venerable, apartando de él toda influencia perversa y toda excitación malsana o mórbida. A este deber sagrado está faltando el diario que publica este folletín inmundos y tiene erigida ante el pueblo argentino esta cátedra de inmoralidad (GROUSSAC, 1897b, p. 324).

Vale reparar, primeramente, en su arenga a “virilizar a la juventud”. “La educación por el folletín”, en este sentido, puede leerse como una velada

⁴ Josefina Ludmer (2011, p. 259) describe al semanario como una enciclopedia moderna en la que se mezcla la ciencia, la literatura, la política y el periodismo de la época global, con los nuevos íconos de la cultura de masas. Geraldine Rogers (2008, pp. 29-37) asocia precisamente a *Caras y Caretas* con la basura, con la capacidad de reciclar y agrupar, en un solo lugar, materiales dispersos, provenientes de otras publicaciones, así como de reeditar los de la propia revista. Un procedimiento de canibalización de los desechos que Rogers vincula con otro proyecto de la empresa de José S. Álvarez, el director de la publicación, consistente en un sistema de recuperación de los desperdicios de la ciudad, con el que perfeccionaría la recolección que en ese entonces realizaban los desechos sociales en la Quema, el basural más importante de la ciudad de Buenos Aires. Sobre *El Quijote*, *Caras y Caretas* y otras revistas ilustradas contemporáneas Cf. Ludmer (2011[1999]), Romano (2004) y Rogers (2008).

⁵ Ya en 1879, por las críticas, el diario *La Nación* había interrumpido la publicación del folletín *La Taberna*, de Zola (Gramuglio, 2014, p. 28).

respuesta –otro ejemplo de su críptico “arte de injuriar”⁶– a un artículo de Rubén Darío (1897e), “Zola trabaja. ‘Paris’”,⁷ publicado el 2 de octubre en la tercera página del diario *La Nación*, casualmente, junto al aviso del número 16 de *La Biblioteca*, el mismo que dice buscar Groussac (1897b, p. 313) al hojear este diario, en su “¡inocente manía de administrador!”. Es el aviso del número de la revista en el que aparece la tercera entrega –que será la última– de la novela inconclusa de Darío “El hombre de oro” (Darío, 1897b, c, d).



Figura 1 – “Zola trabaja. ‘Paris’”, de Rubén Darío, debajo del aviso de *La Biblioteca*, en *La Nación*, 2 de octubre de 1897, p. 3.

En *La Biblioteca*, Darío publica, por primera vez, el célebre poema “Coloquio de los centauros” (1896a), sin la dedicatoria a Groussac que incorpora en la primera edición de *Prosas profanas* (1896). También aparece en la misma revista su ensayo “Folk-lore de la América Central.

⁶ Jorge Luis Borges (1998, pp. 167-168), en el ensayo homónimo, menciona precisamente a Groussac como el referente local de este género literario de la burla y la vituperación.
⁷ La antología de E. K. Mapes (1938, pp. 127-129) recupera esta crónica.

Representaciones y bailes populares de Nicaragua” (1896b) en el que se anticipa “Poemas de América” (1897a), otra expresión de su singular arqueología del arte y la cultura latinoamericanos. Groussac, por su parte, había reseñado, en la sección “Boletín bibliográfico” (1896c, 1897a) de *La Biblioteca*, dos libros de Rubén Darío, *Los raros* y *Prosas profanas*, sin duda, atento a la enorme influencia que estas obras tenían entre los jóvenes argentinos.

En su lectura de *Los raros*, si bien reconoce el talento de Darío (1897a, p. 156), se ensaña en la acentuación pedagógica de “todo lo malo” de su “hagiografía literaria” (1896c, p. 474), dirigiéndose, con ello, también a sus émulos, “algunos decadentes en botón, que se dice han brotado en el surco del señor Darío” (p. 474). Afirmando su autoridad en lo que respecta a la literatura francesa, Groussac se propone como orientador de Darío en su proyecto de renovación estética latinoamericana, presentándolo, a su vez, con suspicacias, como un joven advenedizo, una suerte de contrabandista cultural que trae –en una errancia marginal, propia del *rastacuer* que no ha hecho pie aún en la verdadera París– una “reunión intérlope” (p. 475) de autores dispares, una constelación de astros y monstruos de la literatura decadentista y simbolista, a la que no considera propiamente novedosa. Cuestiona también la originalidad de Darío en el tratamiento de una poesía tan críptica y elitista en un medio masivo de comunicación “me tomaré el cuidado un tanto subalterno de deplorar su presente despilfarro, en una tentativa que reputo triplemente vana y estéril: en sí misma, por la lengua en que se formula, por el público a que se dirige” (p. 474). Groussac, en este sentido, busca recomponer el orden que altera este acto profanatorio de Darío, para reencauzar la renovación estética local.

A su vez, asocia al decadentismo y el simbolismo –al igual que el naturalismo de Zola en ensayos posteriores del mismo Groussac– con las drogas recreativas, adictivas como el alcohol, productos del exceso de civilización que exhibe la capital francesa, que resultan indigestas para el lector latinoamericano. Descalifica, con ello, a Darío presentándolo, maliciosamente, como un neófito a la vez que como un dipsómano de los consumos culturales que no logra distinguir lo excelso de lo mediocre. “El filtro operó plenamente, en quien no tenía la inmunidad de la raza ni la vacuna de la crítica” (GROUSSAC, 1897a, p. 475). Con esta afirmación de su autoridad sobre lo francés, Groussac procura aplacar el entusiasmo con el que Darío y otros jóvenes hacen una apropiación moderna de la poesía, instalando una sombra de duda en torno a la

originalidad y la imitación, el criterio ineludible con el que se jugaba al genio literario. Para que el arte nuevo latinoamericano no sea un “eco servil de rapsodias parisienses”, Groussac (1897a, p. 480) demanda, en vez de un “neo- bizantinismo europeo” a lo Darío, en el que resuena el barroco español y latinoamericano, una poesía que sea, como la de Whitman, “la expresión viva y potente de un mundo virgen”, propia de las “entrañas populares”. Coincide, en este sentido, con el anhelo crítico que expresa Martín García Merou (1896, pp. 170-171) en la primera entrega de “El Brasil intelectual”, publicado en el número anterior de *La Biblioteca*: un poeta por venir que pueda cantar la épica del dominio del medio natural y de la independencia, que solo reconoce en algunos referentes de la poesía de los Estados Unidos. Groussac, en ello, desconoce a Darío como el profeta de lo nuevo que, en ese entonces, predicaban los jóvenes de los Ateneos.⁸

Groussac (1897a, p. 156), no obstante, repara también en “lo bueno” al abordar *Prosas profanas*, atenuando lo planteado en su reseña de *Los raros*: “su talento real se escapará en breve de su falsa teoría, como un pájaro de la jaula” (p. 158). Critica, sobre todo, como un “abuso de doctrina” (p. 158), el reproche generalizado que se hace en Darío a los escritores latinoamericanos de ser imitadores de la literatura europea. “Siendo, pues, un hecho de evidencia que la América colonizada no debe pretender por ahora la originalidad intelectual” (p. 158). A contramano de sus anteriores advertencias, Groussac sostiene que, sea en el norte o en el sur, “cuanto se intente en el dominio del arte es y será imitación” (p. 157). Siguiendo este razonamiento, la literatura moderna se presenta como una suerte de *ready made*.

Propone, por ello, pensar a Darío en la genealogía de los románticos Echeverría o Gutiérrez o en sintonía con Fenimore Cooper, Walter

⁸ Rubén Darío (1896), por su parte, responde elocuentemente a cada una de las críticas de Groussac en el artículo “Los colores del estandarte”, publicado en *La Nación*, el 27 de noviembre de 1896, solo dos días después de la salida de la reseña de *Los raros* en *La Biblioteca*. Vale destacar el extracto final en el que se pronuncia en nombre de los jóvenes escritores latinoamericanos: “Estamos, querido maestro, los poetas jóvenes de la América de lengua castellana, preparando el camino, porque ha de venir nuestro Whitman, nuestro Walt Whitman indígena, lleno de mundo, saturado de universo, como el del norte, cantado tan bellamente por ‘nuestro’ Martí. Y no sería extraño que apareciese en esta vasta cosmópolis, crisol de almas y razas, en donde vivió Andrade el de la *Atlántida* simbólica, y aparece este joven salvaje de Lugones, precursor quizá del anunciado por el enigmático y terrible loco montevideano, en su libro profético y espantable” (DARÍO, 2013, p. 315).

Scott, Emerson o Carlyle, referentes, la mayoría, de una asimilación de la literatura europea fuertemente impregnada de lo local (GROSSAC, 1897a, p. 158). Comprende también a esta expresión de “civilización americana”, con lógica eugenésica, como una “inoculación o ingerto (sic) de la europea”, una “hibridación” o una “mezcla”, “un desalojo parcial de las energías atávicas por la intrusión de elementos extraños” (p. 158). Groussac pondera, sobre todo, el enriquecimiento que implica para la lengua poética castellana el proceso transcreador con el que Darío vierte en sus versos la literatura francesa. “Son muy numerosas las resonancias que convergen a su inspiración; pasa tanta gente por su camino que las huellas se confunden y, como decimos los arrieros: ‘el rastro está borrado’” (p. 159).

Groussac (1897a, p. 160) vuelve a asociar en esta reseña a la poética de Darío con el alcohol para acentuar una dificultad en su asimilación popular, solo tolerable para un buen paladar, con la suficiente civilización: “Por mi parte, y en dosis prudente la bebida no me perturba ni disgusta; pero comprendo que otros estómagos no la soporten: esta doble forma de la tolerancia es un privilegio del espíritu crítico”. En síntesis, en esta oportunidad, caracteriza a Darío como el joven literato latinoamericano de refinados consumos culturales que escribe poesía aristocrática. Por último, en una posible alusión a la dedicatoria de *Coloquio de los centauros*, el propio Groussac se presenta a sí mismo como un griego de Fosea (p. 160), lo que lo identifica, en su errancia de viajero cosmopolita, con el poeta nicaragüense. Para Groussac, Darío es también un “griego” en la manera clásica en la que recrea la poesía francesa, no necesariamente en la tónica decadente o simbolista. En ello, Groussac negocia la diferenciación local del “arte nuevo”, en favor de un modernismo latinoamericano más restrictivo que el que ensaya Darío y otros jóvenes poetas.

El Darío de Groussac (1898b, p. 256) es el “poeta de imaginación exótica con extrañas magnificencias, y de factura novedosa y exquisita: un cincelador a lo Moréas y Régnier”, es decir, un poeta filólogo, para pocos, de refinadas obras de imaginación, sobre todo, un simbolista antes que un decadente. Un poeta del ideal que escapa de la modernidad, tal como Darío (1905, p. 108) describe a Móreas: “Su musa se adorna con galas de todos los tiempos, divina, cosmopolita e incomparable políglota”, aquel que hace versos –citando a Catule Mendes– “ignorando que existen Monsieur Carnot, el sistema parlamentario y el socialismo” (p. 110). En esa clave puede leerse “El hombre de oro”, la novela inconclusa que Darío

(1897b, c, d) publica en *La Biblioteca*, si bien muy a la sazón decadentista del Huysmans (1884) de *À rebours*. Vale señalar que esta obra, en la que Darío interroga la sensibilidad dionisiaca en la antigüedad romana en pleno advenimiento del cristianismo, guarda una fina sintonía con *Los jardines de Academo* (1904-1907), la única novela de Ricardo Jaimes Freyre, también inconclusa, de la que se publican por entregas algunos capítulos en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* de Tucumán.⁹ *Castalia bárbara* (1899), en el mismo sentido, expone esta vertiente exotista del modernismo, que sondea, en los restos del arte antiguo, la supervivencia de sensibilidades del pasado.

“Zola trabaja. ‘Paris’” (1897e) visibiliza no al Darío de las alabanzas de Groussac, aquel que “vive de poesía, despreocupado de cuanto no sea el arte sagrado y su culto ideal. Como el ave y el lirio del Evangelio” (Groussac, 1896c, p. 474) sino al profano escritor profesional de los medios gráficos. La hagiografía, en este caso, visibiliza a un Darío más alineado con la militancia socialista. En esta crónica, una posible promoción de la novela que el mismo diario *La Nación* comenzará a publicar en breve como folletín, Darío se pone del lado de Zola en su combate contra los frecuentes ataques por parte de la crítica francesa, presentándolo como un luchador incansable. Vale advertir que Darío (1897e, p. 3) se remonta a las críticas de los contemporáneos de sus primeras obras, las de “la mayor y mejor parte de la juventud intelectual de París”. Desde entonces, a Zola se le achaca, sobre todo, cierta despreocupación por la calidad asociada a las condiciones propias de la publicación periódica. Desentendiéndose de este corsé crítico, Darío erige a Zola como el modelo del escritor prolífico para los jóvenes literatos locales, de aquel que se sustenta con su escritura, a medias un producto de un saber industrial, de “la geometría invariable de la fábrica” (p. 3) y de la locura genial, “el mal sagrado’ que perseguirá siempre a todo hombre de pensamiento y de arte” (p. 3).

Darío (1897e, p. 3), el poeta filólogo, contra la expectativa, compone un retrato monumental de un Zola “trabajador” que evoca a Atlas sosteniendo una obra literaria descomunal, a la vez, a una “soberbia encarnación heraklea (sic)” que lucha, con “potencia fecunda”, contra sus detractores: “saludemos al gran albañil! Saludemos al hombre de grande y potente

⁹ Los cuatro capítulos que se conservan de *Los jardines de Academo*, publicados originalmente en los números 2 y 5 (1904), 11 (1905) y 37-39 (1907) de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (Tucumán), fueron reeditados recientemente, con prólogo y notas de Tatiana Alvarado Teodorika en *La prosa de Jaimes Freyre* (2015).

tórax, de atlánticos hombros, de férreos puños. Su obra es homérica: ha creado un pueblo; ha levantado una ciudad, cuyas ruinas señalarán más tarde su nombre y su empresa colosal a los artistas futuros. Saludemos al gran trabajador”. Darío llama también a Zola, evocando los trabajos de Hércules, “el centauricida y el stinfalícida” (p. 3) en probable elogio a la concluyente intervención de su poética en el régimen estético realista, particularmente disruptiva contra un resto de idealización de lo real, en el que reconoce una supervivencia romántica. De allí, su advertencia de que Zola “Se levantó contra Hugo. Hizo obra prometeana” (p. 3). Darío Pondera, en este sentido, al materialismo de Zola por su despojamiento del idealismo moral católico en el abordaje literario del presente.

“La educación por el folletín”, la velada réplica de Groussac (1897b, p. 316) en este coloquio de centauros, propone, justamente, pensar a Zola en la clave profana de la comedia, como el “Calibán moderno”,¹⁰ “una mitad de mago y otra mitad de bruto”, que excita las pasiones de las multitudes por el solo interés pecuniario. En el número siguiente de *La Biblioteca*, Groussac recurre a esta misma asociación con Atlas y Hércules de Darío (1897c)¹¹ en su artículo sobre Daudet –una necrológica similar a las de *Los raros*, en la que trama los recuerdos de su frecuentación al escritor con el retrato psicológico y el análisis de su obra–, para ponderar, en tanto figura modélica del artista, precisamente aquello que critica Darío de los realistas en su elogio de Zola: una labor obsesiva en la composición de una obra en la que prima la originalidad, distintiva del genio literario.

En sus proporciones menores y limitado vuelo, aquella novela de Daudet [Sapho] casi alcanza la realidad pasmosa de *Madame Bovary*, sin duda con menos relieve escultural y plasticidad impecable, pero también sin la tensión envarada que revela el esfuerzo titánico de un Atlas soportando un mundo, y transmite al lector algo de su fatiga. A ratos Flaubert –sobre todo en *Salambô* –nos hace recordar al *Hércules Farnesio* de Napoles, rendido al peso de su formidable musculatura, y que necesita apoyarse en su clava como en una muleta colosal. La energía de Daudet queda siempre más nerviosa que muscular (GROUSSAC, 1897b, p. 444).

¹⁰ Vale señalar que antes de Rubén Darío y José Enrique Rodó, Paul Groussac, en 1897, ya hace uso de esta asociación con Calibán para aludir a una subjetividad moderna materialista y desespiritualizada. Una probable alusión al *Caliban* de Ernest Renan (1878). Sobre el devenir de este personaje metáfora, cf. Jauregui (1998).

¹¹ El artículo se reedita con el mismo título en *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte* (GROUSSAC, 1904), pp. 169-204.

Para Darío (1897e, p. 3), más allá de la adecuación a los criterios de calidad literaria, la obra de Zola es valiosa por el modo en que altera el reparto de lo sensible que compone el canon realista. *Paris* es “La gran ciudad de Hugo a través del temperamento de Zola”.¹² Del contrapunto de Zola con Hugo –de acuerdo con su genealogía, el padre romántico, el antecesor olímpico de los realistas–, Darío (1897e, p. 3) advierte: “a cada creación del ideal una creación de lo Real, a cada son de lira un documento”. Darío compara, en este sentido, a las novelas de Zola como *Paris* con las populares guías de viajes Baedeker, “Veréis cosas exactas como en una guía, y cosas líricas como en un poema” (p. 3). Con Zola, Darío elogia también una poética hiperrealista en la que la poesía amplifica y resignifica el registro documental que compone la trama contemporánea de descripciones, mapas, grabados y fotografías modernas, frecuente, sobre todo, en las publicaciones populares, como las guías de viajes o la revista *Caras y Caretas*. Pondera, con ello, la voluntad del artista de visibilizar lo que censura la hipocresía social. En su reseña, Darío evoca, en este sentido, “la maravillosa explosión del Paradou” (p. 3), una posible alusión a *La Faute de l'Abbé Mouret* (1875),¹³ contemporánea de *O crime do Padre Amaro* (1875) de Eça de Queirós, en la que se narran los amores terrenales de un sacerdote.

Al elogio que hace Darío (1897e, p. 3) de *Paris* como el “triumfo del documento”, se contrapone la censura de Groussac (1897b, p. 316) en su valoración de la novela como un “manual completo de corrupción”, propio de un “orden pornográfico” (p. 314). Eludiendo cualquier asociación con la mojigatería, Groussac presenta al folletín, restándole novedad, como otra muestra del sensacionalismo de los periódicos populares, con su frecuente visibilización del “libertinaje” parisino. Contra la idea de una narrativa documental, Groussac critica un procedimiento acumulativo de Zola que, a su juicio, “excede los límites de la verosimilitud” (p. 319) y que se funda en groseros saberes enciclopédicos, enajenados de lo real, propios de quien vive “en un “baúl” (p. 319). De este contrapunto, vale señalar que si para Darío (1897e, p. 3) Zola es la expresión de la “potencia fecunda”, Groussac (1897b, p. 323) sostiene sobre sus novelas que “el vicio es la esterilidad”. Para el director de la Biblioteca Nacional, su obra es cuestionable, sobre todo, en tanto expresión sintomática de la corrupción y el escepticismo

¹² Subrayado con itálica en el original.

¹³ La edición en castellano se publicó en 1887 con el título *La caída del padre Mouret*, traducida por J. Tadinco.

del pensamiento europeo finisecular que, en el caso de Zola, no sería otra cosa que los ecos de un Schopenhauer mal leído (p. 319).

“La educación por el folletín”, sin mencionarlo, hace blanco también en Roberto J. Payró (1867-1928), si consideramos las duras palabras con las que Groussac critica la traducción a su cargo de *París*, al igual que de las otras novelas de Zola que publica el diario *La Nación*. En ella, Groussac (1897b, p. 314) acentúa la asociación del folletín con la mierda: “Espero que no tendré necesidad de absorber mayor ración de esa espesa bazofia que, recalentada en mala jerga de periódico, se vuelve naturalmente más nauseabunda que en la escudilla original”. En su rol de filólogo francés, invalida la versión criolla:

La adulteración española que hoy absorben estos infelices no es siquiera la caricatura del original: es algo informe, indefinible, innominable, como los esbozos que los muchachos carborean en la pared, [...] Que se parece a la de Zola como un dibujo de troglodita a su original, [...] lo intolerable es el desconocimiento absoluto del estilo literario original y el ridículo disfraz en que se presenta una, según ellos, obra maestra contemporánea (GROUSSAC, 1897b, pp. 320-322).

En 1897, Payró tenía 30 años, como su amigo Darío. Ese mismo año, publica dos artículos sobre Zola en los que se refiere a la traducción de las novelas.¹⁴ El joven Payró es, además, como Groussac, un cronista de viajes, pero recrea la impronta documental de la novela naturalista de Zola.¹⁵ La crítica del Groussac es aún más elocuente si consideramos que también en 1897 Payró funda el Partido Socialista (GENERANI, 2014, p. 66) junto a José Ingenieros (1877-1925) y a Leopoldo Lugones (1874-1938), otro joven colaborador de *La Biblioteca*. Como en los arreos que evoca en sus artículos y relatos, con su revista, Groussac reconduce las derivas de la modernización literaria hacia el sendero moral de la civilización francesa, el modelo de latinidad contra la influencia sajona y las rémoras de la cultura colonial americana. No obstante, los jóvenes como Payró sostienen y replican este concepto heroico del Zola militante, tal como se advierte, pocos meses después, en la publicación de la traducción de *J'acusse...!* (1898) en *La Nación*,¹⁶ mediante la cual se hace eco también a una interpelación ética a la sociedad francesa que pone en cuestión a este mismo modelo cultural.

¹⁴ Cf. Rogers (2010).

¹⁵ Cf. Generani (2014).

¹⁶ Cf. Rogers (2010).

Con su crítica escarnecedora, el bibliotecario mayor construye una posición de autoridad estética y moral, también científica. Según la lectura conservadora de Groussac (1897b, p. 324),¹⁷ el interés masivo por el folletín, por “la erupción superficial de escándalos y delitos” que estos explotan, es un signo alarmante de decadencia, en el que se hace manifiesto el agotamiento de las utopías de la revolución francesa: de la libertad, que prescribe que todo sea publicado, se desprende, como un exceso, una literatura de baja calidad, ajena a los criterios académicos que conforman el canon, que apela a los bajos instintos; de la igualdad, que propicia la educación pública, surgirían los lectores innobles, sin formación positiva; y de la fraternidad, germinaría una utopía anarquista; una voluntad colectiva decidida a consumarse a través de las bombas. Partiendo de este diagnóstico, Groussac siembra la alarma sobre una amenaza literaria a la familia tradicional. Circula entre ellos una “mercancía lupanaria” (p. 315) –consumo para el populacho, los obreros y los anarquistas–, difundida por un medio gráfico de alcance nacional. Su énfasis en la fraternidad como desafío disolvente, sirve al refuerzo de la distinción social, que resguardaría solo la familia bajo su principio soberano. Promueve, con este recurso, el pánico a una desobjetivación igualadora –anónima y ahistórica– de las familias patricias frente a las masas nacionales e inmigrantes. Podemos leer, en este sentido, a “La educación por el folletín” como el canto de cisne de la literatura de *causeur* ante el advenimiento de la literatura de masas, que trae consigo sus propias reglas.

Groussac establece, de este modo, la asociación entre un resguardo del canon literario y el de la familia patricia, reserva moral de la nación; a su vez, afirma un pensamiento sobre un desecho disolvente, no perteneciente necesariamente al orden doméstico; un novedoso producto industrial, que es caldo de cultivo de influencias corruptoras exógenas. Groussac postula

¹⁷ El centenario de la revolución francesa promovía diferentes balances. En *Germinal* de Zola (1885), en sintonía con el marxismo, los obreros de la mina manifiestan, ante la crisis económica que los empuja a revelarse, su decepción respecto del presente de los ideales de emancipación proclamados por la revolución, a los que consideran solo capitalizados por la burguesía “El obrero no podía resistir aquella vida; la revolución había aumentado sus miserias; los burgueses eran los que engordaban desde el 93, sin dejar a la clase obrera los platos sucios para que los rebañase. [...] Se habían burlado de ellos, declarándolos libres: sí, libres de morir de hambre, lo cual no se privaban de hacer” (ZOLA, [s.f.], p. 223). En los *Los nuevos caminos*, Alberto Ghirardo ([s.f.], p. 17), anarquista argentino, presenta a la revolución francesa como la preparatoria de la Comuna de París (1871), expresión más célebre y elocuente del “Espíritu de rebelión”.

a la familia como principal componente del tejido social, en sintonía tanto con una difundida concepción organicista como con la doctrina católica. Vale señalar que, de acuerdo con su planteo, estas influencias provienen y afectan a todas las clases sociales. Su pensamiento se ocupa de esta afección transversal, sobre un cuerpo social conceptualizado, con sus diferencias de estamento, como unidad indivisible, frente a un resto social, al que presenta como una ajenidad disolvente. Para Groussac, se hace necesario establecer distinciones allí donde la vertiginosa dinámica de las transformaciones modernas genera zonas opacas que favorecen el encuentro sensible con el desecho social moderno.

En este arreo de viejo centauro a la juventud, Groussac repara también en la lectora, el público lector femenino, como un flanco débil que merece atención. David Viñas hizo célebre el fragmento de *De cepa criolla* (1884) en el que Miguel Cané manifiesta su pánico a una invasión disolvente, llamando a los de su clase a “Salvar el predominio legítimo” a “Colocar a las mujeres, por la veneración, a una altura a las que no lleguen las bajas aspiraciones de la turba” (VIÑAS, 2005, pp. 201-202). Ya en esta obra, el redactor de la infame ley de residencia (1902) presenta a la mujer como subjetividad permeable a las confusiones modernas, susceptible, en su “inocencia virginal” (VIÑAS, 2005, p. 202), a la manipulación de los más bajos instintos. Groussac (1897b, p. 313), en su “Educación por el folletín”, se sirve también de este concepto.¹⁸ En un singular rodeo, excusa con la que justifica su abordaje de un género de lectura inconfesable, el bibliotecario mayor compone una escena en torno a una lectora “encantadora joven, nacida y criada en una atmósfera de honradez y delicadeza moral, esposa impecable y madre de una niñita de tres años, cuyas risas me llegaban desde el cuarto vecino”, a la que presenta –a contrapelo de la propuesta de “colocación” de Cané– en la intimidad doméstica, tomando, como “exquisito desayuno intelectual”, a la “bazofia”, tal como llama al folletín. Con un relato análogo de un caso de histeria por parte de un médico psiquiatra,¹⁹ describe a la anónima “señora X” en

¹⁸ Beatriz Sarlo (1985, p. 28) en *El imperio de los sentimientos*, ensayo en el que aborda la literatura folletinesca en publicaciones periódicas de los años 1920, repara precisamente, en esta construcción que, desde los paratextos, el género hace del hombre, en tanto autoridad familiar, como el responsable de administrar las lecturas de las mujeres de la casa.

¹⁹ Estas escenas de la memoria psiquiátrica en las que está en juego la mierda, resultan de gran interés para Michel Foucault: una alusiva al Rey Jorge III, extraída del *Traité Médico-Philosophique* de Philippe Pinel (bibliografía inevitable en la biblioteca positivista), otra de la artista Mary Barnes, de sus memorias de reclusión en Kingsley Hall. En la primera,

un acto de “inconsciencia” (p. 314) –mecánico, irracional–, intoxicándose con la lectura del folletín de *La Nación*. En su análisis del contexto de la paciente, se demora en la paráfrasis del capítulo que lee la joven en el diario del día, desmenuzando, con el filo de su escalpelo, deficiencias de la narración que, para el bibliotecario, son ejemplos de la decadencia de las “novelas de cal y canto” del “maestro albañil de Medan” (p. 314).

La crítica literaria se mimetiza, de este modo, con las prácticas y discursos de autorregulación de clase de la familia patricia. Groussac, en este sentido, procura generar consenso sobre un imperativo de exclusión para evitar, en su forma literaria, las influencias exógenas, tal como las llama Cané, las del “guarango democrático enriquecido” o las propias de la “invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, que es hoy la base de nuestro país” (CANÉ *apud* VIÑAS, 2004, p. 201). Aquello que Silviano Santiago (2004) llama “O cosmopolitismo do pobre”, o lo que podemos llamar el bajo cosmopolitismo, concepción menos restricta, en este sentido, a la miseria, abierta a la cualidad multiforme, proteica, del descarte social. Puede decirse, en este sentido, que la crítica canónica presenta como una de sus mayores responsabilidades, más allá de la cuestión artística, contribuir con la formación de criterios consensuados de selección, para la regulación de lo asimilable y lo desechable, siempre en favor de la reproducción del organismo social.

GROUSSAC HIGIENISTA, PROMOTOR DE UNA RAZÓN GUBERNAMENTAL

Propongo demorarnos en esta concepción organicista de la sociedad, recurrente en estas producciones críticas y literarias. Henry Maudsley (1835-1918), autoridad de la psiquiatría de fin de siglo XIX, en *El crimen y la locura* (1879), demanda, precisamente, acciones preventivas para erradicar las principales influencias disolventes del organismo social: a) la carencia en el sujeto de un sentido moral: un vicio de organización y efecto ocasional de la locura en el ámbito familiar (MAUDSLEY, [s.f.], p. 70); b) la locura congénita: una tara diseminada, retorno de patologías mentales hereditarias.

Foucault presenta el recurso a la mierda o el desecho, como componente de un arraigado gesto de insurrección, manifiesto, incluso, en la misma resistencia al poder psiquiátrico que lleva adelante el rey destronado (FOUCAULT, 2007, pp. 41-42). En la segunda, escena anti-psiquiátrica, la mierda queda expuesta en su uso exploratorio de los límites entre el médico y la paciente (pp. 50-51).

He aquí los gérmenes que la humanidad debe anular, o a lo menos restringir en el grado posible: la predisposición hereditaria, por medio de la abstención del matrimonio o de prudentes enlaces; la intemperancia, por la sobriedad; las ansiedades del espíritu, por una acertada cultura mental y por la costumbre de dominarse y dirigirse. [...] Impidiendo las enfermedades congénitas del cerebro y del espíritu se combatirán también las emociones, los nerviosismos, las crisis que derivan de ellas y que integran a su vez lo que se denomina motivos morales de la enfermedad (MAUDSLEY, [s.f.], pp. 290-291).

Maudsley sostiene con su teoría la imperiosa necesidad de comprometer a la familia en un proyecto de regeneración social, en el marco de un proceso más amplio de formación de una moral positivista; tal como lo advierte Foucault (2007, pp. 104-105), la familia es la bisagra en la que se tensiona su tradicional afirmación soberana con la injerencia cada vez mayor sobre ella del sistema disciplinario, en su afán de reformarla como elemento esencial de la construcción de su poder. Para lograr su ansiada regeneración social, Maudsley ([s.f.], p. 287) considera necesario promover, desde las instituciones, un método que modele un matrimonio feliz, una buena educación, una conducta prudente, que pueda imprimir sobre los eventos un curso contrario a la tendencia decadente contemporánea, a la que cabe “combatir” y aún “destruir”. Vale recordar, en este sentido, que la noción de retorno de las taras eugenésicas es clave en la narrativa realista y naturalista contemporánea como también que esta teoría es una de las fuentes del concepto “decadentista”. Este proceso disolvente es presentado como prácticamente irreversible, solo pasible de regulaciones llevadas a cabo por entes de higiene, administradoras de la vida. El método por venir que augura la teoría se funda en un deslinde racional, que obtura toda una escala emocional en favor del autocontrol y anula o confina un germen pasional, peligroso residuo primitivo.

La terapéutica eugenésica para la regeneración social es también una convención del discurso higienista argentino de fines de siglo XIX, en el que, avanzada la década del 80, adquiere mayor influencia la psiquiatría. Es significativo, en este sentido, que José María Ramos Mejía (1887), autor de *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, sea quien reemplace en 1892 a Eduardo Wilde en el emblemático Departamento Nacional de Higiene.²⁰ Con este traspaso, a la política eminentemente sanitarista de una primera etapa, centrada en Buenos Aires, le sucede

²⁰ Esta institución insignia del higienismo argentino, fundada en 1871, fue también, según Jorge Salessi, bajo la dirección de Ramos Mejía –al que describe como un amante de la literatura joven–, un centro de reunión informal de literatos, en el cual eran frecuentes

una sofisticada política cultural, de alcance nacional e internacional, que recurre a una batería de publicaciones, traducciones y ediciones, orientadas a la promoción de este concepto eugenésico de la salud pública (SALESSI, 1995, pp. 22-23). Tanto Wilde como Ramos Mejía forman parte del ala médica que acompaña las reformas modernizadoras de la presidencia de Marcelo Torcuato de Alvear, componentes de una “coalición cultural y literaria” (LUDMER, 2011, pp. 29-30) –en su mayoría, jóvenes, funcionarios estatales, científicos, literatos y publicistas– captados por el Estado para organizar, desde sus relatos, este cuerpo informe de la nación.

Sobre este difuso entre-lugar científico-literario, interviene activamente el canon en formación de la literatura argentina. Antes de “La educación por el folletín”, Groussac (1895, p. LVII), con un resonante prólogo a *La locura en la historia* de Ramos Mejía,²¹ había logrado afirmar la escarnecedora autoridad de su crítica filológica para juzgar, no solo el valor literario, sino también el valor de la “naciente literatura científica de la América del Sud”. Este prólogo atípico, contra la obra, en el que Horacio González (2004, p. 27) advierte un prematuro manifiesto antipositivista, despiadada prueba (o titeo)²² del compromiso de Ramos Mejía con la ciencia, cuestiona *in extenso* los fundamentos de su tesis. Coherente en su ironía con los principios de la escuela positivista en la que se inscribe la obra, “en plena y libre discusión” (GROUSSAC, 1895, p. VIII), con “frío juicio” (p. XII), a contrapelo del marco afectuoso en el que se realiza el pedido del autor, Groussac caracteriza esta obra de Ramos Mejía como un castillo de naipes teórico, un montaje de citas que puede ser derribado desde las mismas autoridades a las que recurre el autor. Sin embargo, en contrapunto con sus terminantes objeciones, el bibliotecario mayor pondera el más previsible valor literario de la obra, razón en la que radicaría originalmente el encargo del prólogo. De este modo sintetiza su intervención:

He combatido con franqueza, y probablemente con más coraje que eficacia, una doctrina que no reputo científica; pero la obra misma de Ramos Mejía queda interesante por muchos de sus aspectos eruditos y literarios. Las observaciones de detalle y muchas inducciones psico-patológicas subsisten, si bien algunas

las discusiones sobre las nuevas corrientes estéticas, en particular las que asimilaba el movimiento modernista (SALESSI, 1995, pp. 135-137).

²¹ El artículo vuelve a publicarse en *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte* (GROUSSAC, 1904, pp. 335-372), con el título “La degeneración hereditaria”.

²² Sobre el titeo, cf. Salessi (1995, pp. 141-147) y Molloy (2012).

veces extraviadas por algún erróneo concepto histórico o la aceptación de autoridades sospechosas (GROUSSAC, 1895, p. LV).

Adriana Rodríguez Pérsico, en el mismo sentido, nos advierte que incluso José Ingenieros, un discípulo de Ramos Mejía, se desentiende de sus montajes críticos, asociándolos despectivamente con el folletín:

Por la combinación de intelecto, afecto e imaginación, la talla del sabio le sienta a la medida. Pese a la admiración, Ingenieros toma distancia; se muestra consciente de los límites del sistema, del inexistente rigor crítico de las fuentes utilizadas y del abuso del eclecticismo desprolijo que junta en un mismo nivel testimonios históricos, ficciones literarias o casos médicos y psiquiátricos. Casi al filo del escándalo, Ingenieros tacha esas citas de “escapadas de su destino legítimo: los folletines terroríficos de Eduardo Gutiérrez” (RODRÍGUEZ PÉRSICO, 2008, p. 281).

En esta misma Introducción a *La locura en la historia*, cuyo sugestivo subtítulo es “Degeneración hereditaria”, Groussac (1895, p. V) advierte que su embestida tiene por blanco, más que a la obra de Ramos Mejía, a las teorías del darwinismo social con las que el ensayo dialoga, a las que califica, provocadoramente, como “Novelas de caballería de la ciencia” (p. XXX). En palabras del malicioso Groussac, “La teoría está destruida en sus cimientos; mejor dicho, subsiste como una hipótesis más, acerca del misterio eternamente impenetrable de los orígenes” (p. XXVII). *La locura en la historia* no sería más que un obtuso retorno local de una discusión pseudocientífica en retirada, metodológicamente cuestionable al contrastarlo con los últimos avances de la fisiología. A Ramos Mejía, de este afán literario, le reprocha incluso que se demore más en las anécdotas de color que en la valoración de las fuentes o en el necesario análisis de las posiciones desde las que enuncia cada autoridad.²³ Contra esta falta metodológica, Groussac ofrece en su prólogo, como un remedo introductorio, una genealogía de los dos conceptos centrales de la tesis, locura e historia, en la que luce su conocimiento de las novedades de la psiquiatría y la fisiología. De esta sociología eugenésica, impugna particularmente la teoría de la “herencia mórbida”,²⁴ de la que derivan los conceptos de degeneración y decadencia: “hay un absurdo evidente

²³ Groussac repara particularmente en la no distinción de Ramos Mejía entre fuentes latinas o anglosajonas, católicas o protestantes. Un significativo acento que expone la asunción de un rol arbitral de Groussac en el Río de la Plata, en el marco de las disputas coloniales contemporáneas. Cf. Bonfiglio (2011).

²⁴ Sobre esta herencia patológica, cf. Foucault (2007, p. 310).

en el hecho de atribuir al ascendente morbosos un poder de transmisión superior y predominante, que la ciencia y la experiencia diaria desmienten igualmente” (GROUSSAC, 1895, p. XLVII). Señala al darwinismo, en este sentido, como el responsable de convertir en dogma a la teoría de la degeneración; para Groussac, no otra cosa que una “excrecencia parasitaria de la herencia general” (p. XXIII).

Un año después de este prólogo, Groussac (1896b) sostiene sus objeciones al darwinismo social en “La paradoja de las ‘ciencias sociales’”, artículo publicado en el segundo número de *La Biblioteca*. Tal como anticipa en el primer número, la publicación se asume responsable de velar por el patrimonio literario argentino –la herencia–, además de promover la originalidad científica y literaria, y la crítica más amplia e imparcial (1896a, p. 5). El artículo es una prevención de Groussac contra el uso de las metáforas, propio de la sociología darwinista, que nos recuerda, anacrónicamente, al artículo de Antonio Cornejo Polar (1998, p. 7), “Mestizaje e hibridez: Los riesgos de las metáforas. Apuntes”, publicado un siglo después, en el que el crítico peruano advierte acerca de la supervivencia de esta misma matriz positivista en los conceptos con los que García Canclini, referente de la crítica posmoderna, analiza el presente literario y cultural latinoamericano. Groussac (1896b, p. 309) recurre a la genealogía en su afán de quitar toda novedad a la analogía organicista; afirma que la comparación de la sociedad humana con un organismo se remonta más allá de Spencer y Bacon, o incluso de Aristóteles; anterior a toda enseñanza didáctica, la encuentra presente en Homero. “Las hipótesis sobre la esencia de la vida, –la generación y la corrupción, como decían los escolásticos–, precedieron por mucho la verdadera fisiología” (p. 310). Si bien halla legítimo el uso de analogías o “cotejos” entre la dinámica social y los flujos²⁵ que describe la fisiología e, incluso, ponderable para pensar el presente local,²⁶ advierte al lector sobre la necesidad de regular sus frecuentes excesos. Repara en que el uso

²⁵ Jorge Salessi (1995, pp. 13-111) llama precisamente la atención sobre el concepto de flujo, recurrente en la época, como sinónimo de salud del organismo social, en sintonía con la teoría liberal, contrapuesto a lo estanco, propio de los depósitos de desechos, en Buenos Aires plenamente asociados a los mataderos, íconos del período rosista.

²⁶ “Encuentro utilidad en estudiar, por ejemplo, el estado reciente de que convalece la República Argentina, como una enfermedad generalizada, una distrofia constitucional cuyo pronóstico depende de sus causas primitivas, y cuyo tratamiento, parecido al de la anemia globular, habría de ser muy prolongado para alcanzar plena eficacia” (GROUSSAC, 1896b, p. 309).

de las metáforas es siempre, por principio, provisional y aproximativo, tornándose riesgoso cuando sustenta definiciones dogmáticas, ajenas a la metódica comprobación, frecuentes entre los replicantes irreflexivos de la teoría. A la sociología le demanda, en este sentido, “una probabilidad cada vez mayor en la conjetura” (GROUSSAC, 1896b, p. 320), a la que puede llegar a través de la estadística y las teorías que recurren a ella.

Esta regulación del uso de la metáfora que plantea Groussac, es parte, sin duda, de una propuesta de orientación para la sociología estatal, la que producen quienes conducen el destino del país desde las flamantes instituciones modernas, como es el caso de Ramos Mejía, a quien había prologado. Groussac coincide, en este sentido, con Foucault –de acuerdo con Sandro Chignola (2010, pp. 231-232)–, a propósito del concepto de gubernamentalidad, “gobernar significa, ante todo, tener que vérselas con el conjunto constituido por las interacciones contingentes, precarias, imprevisibles, de hombres y cosas”. A esta sociología que piensa el Estado para la formación del Estado, desde instituciones estatales, Groussac le propone, más que la frecuente especulación inductiva acerca de los orígenes, a los que considera inaccesibles, el perfeccionamiento de sus instrumentos de gubernamentalidad; componer, en términos de Chignola, una “razón gubernamental” (CHIGNOLA, 2010, p. 236), particularmente a través de la estadística, con la cual sea posible lograr conocimiento, control y administración de la reproducción de la vida. Para Groussac (1896b), el abuso de las analogías propio de darwinismo spenceriano es peligroso, causante de errores de método, que afectan a las conclusiones y a la propia vida económica. Para ello, le advierte a la sociología argentina que, desde la estadística, es “forzoso” considerar a la población, en su composición, como a un “hombre completo, falible e invencible” (p. 314).

Este “hombre completo” para Groussac no es solo el hombre económico, al que asocia a la teoría anglosajona (Adam Smith), sino un hombre que, además de producir, también “siente, medita y cree, subordinando en horas decisivas su producción y su consumo a las creencias y pasiones” (GROUSSAC, 1896b, p. 313), características a las que suele asociar al hombre latino.²⁷ La potencialidad contrastiva de la estadística es presentada como el mejor índice de aclimatación de las teorías exógenas. La sociología gubernamental que piensa Groussac, es aquella que se ocupa no solo de la reproducción saludable de los cuerpos, sino también de los sentimientos

²⁷ Sobre la participación de Groussac en la discusión colonial latino-anglosajona, y la asimilación de Groussac y Darío del motivo del Calibán. Cf. Jauregui (1998) y Bonfiglio (2011).

que los propulsan, porque “los pueblos no viven solo de pan” (GROUSSAC, 1896b, p. 314). Por ello, con su regulación positiva, esta sociología gubernamental debe ocuparse de la intercepción y subsunción de todos los fenómenos de la vida, entre los cuales menciona al sentimiento de nacionalidad (p. 314).

Es válido preguntarse, en este sentido, si en esta intervención de Groussac no se juega también una disputa de autoridad respecto del resguardo de la “herencia general” de la nación, si el cuidado de los documentos históricos y artísticos, así como la regulación moral deba quedar a cargo de la filología y la historia académica que lleva adelante la Biblioteca Nacional, con el demostrado rigor para sondear tanto la herencia como el presente cultural en sus obras literarias y científicas, en vez que en manos de la especulación eugenésica del Departamento Nacional de Higiene.

GROUSSAC, ESCRITOR DE FOLLETÍN. OSCILACIONES ENTRE LA HERENCIA MÓRBIDA Y LA HERENCIA GENERAL

Si bien en el prólogo a *La locura en la historia* Groussac (1895, p. XLV) rechaza que la “herencia mórbida” implique una fatalidad, esta concepción retornará como extremo de una oscilación en sus escritos, como parte de una interrogación recurrente sobre esta “herencia mórbida” y la “herencia general” a las que alude en el mencionado prólogo a la obra de Ramos Mejía. Precisamente “La herencia” es el título de uno de los cuentos de su autoría que también publica en *La Biblioteca*, en 1898. Este relato en particular, expone a Groussac, contra la expectativa, como escritor de literatura folletinesca; así lo advierte él mismo en la “Breve excusa al lector” que incluye en *Relatos argentinos* (GROUSSAC, 1922),²⁸ el volumen de sus *Obras completas* que reúne a un “folletín” con “novelas cortas” o “fantasías”, tal como las llama; relatos para los que pide la indulgencia del lector, a contrapelo de su arenga contra el género, excusándose en las incómodas condiciones de producción, propias del continente: “a todas luces, estas novelitas no han sido compuestas en las condiciones de reposo y diligente esmero que exige la obra de arte. Pero, ¿acaso, entre

²⁸ Junto a una “Breve excusa al lector”, la edición organizada por Groussac ofrece una serie de relatos publicados en *La biblioteca* y otras revistas: “El número 9090”, “El hogar desierto”, “La rueda loca”, “La herencia”, “La monja”. De todos ellos, “El hogar desierto” puede leerse también bajo la clave de la “herencia general”.

todas las chapuceadas de esta ‘América inocente’, hay una sola escrita en tales condiciones?” (GROUSSAC, 1922, p. VII).²⁹

“La herencia” puede leerse como la expresión de aquello que el mismo Groussac impugna, tanto del darwinismo social como del folletín. El relato es, a la vez, la síntesis y la contracara de todo lo que Groussac (1895) le critica a *La locura en la historia* de Ramos Mejía, o al *París* de Zola que publica el diario *La Nación*. Vale señalar también que el relato aparece originalmente en inglés y con otro título –el irónico “A Hero” (GROUSSAC, 1894)– poco tiempo antes de la publicación del estudio de Ramos Mejía que lleva el corrosivo prólogo antipositivista de su autoría. Por todo esto, quizás, en la “Breve excusa al lector”, Groussac se demora en dar su versión sobre su origen:

[...] pero si he de ser franco, confesaré cierta humana flaqueza por el relato *La herencia*, el cual, a pesar de su tinte algo sombrío, conserva para mí un reflejo risueño. Hallándome, en 1893, de visita en los Estados Unidos durante la *World's Fair* de Chicago, solo y atacado de prurito literario, que apenas con un baño de “yanquismo” podría calmar, me atreví, en esa tierra de todos los atrevimientos, a frangollar dicho cuento, entonces titulado “A Hero” –en perverso inglés, vagamente corregido por un joven “elocucionista” de *Auditorium*–, y que, al pasar por Nueva York, en viaje de regreso a la Argentina, dejé –como lo hubiera tirado al Hudson– enderezado al editor del Magazine *The Cosmopolitan*, con mi dirección de Buenos Aires. Aquí me encontraba de vuelta, cuando meses después –vísperas de Navidad– recibí de allá, por conducto de mi amigo Ángel Estrada, un ejemplar de la mencionada revista (número de noviembre de 1894), con mi *Hero*, admirablemente impreso y regularmente ilustrado, acompañado de un rollito de aspecto y peso simpático –como que envolvía 6 águilas de oro (60 dólares), precio generoso de mi “heroica” lucubración–. ¡Y supongo que rara vez hubo fruslería novelesca más pronta y alegremente convertida en bombones y juguetes de niños! (GROUSSAC, 1922, pp. VI-VII).

“A Hero” aparece en *The Cosmopolitan* –publicación que se edita todavía hoy, devenida una popular revista femenina y de moda– con ilustraciones de José Cabrinetty Guteras (1865-1917), el mismo de las novelas de Emilia

²⁹ Martín García Merou (1900, p. 4) en *El Brasil intelectual* –cuyos capítulos se publican por entregas en *La Biblioteca*– se pregunta “¿Tenemos realmente una cultura artística propia, algo que pueda llamarse una literatura nacional, o estamos en condiciones de tenerla?” y sugiere al lector argentino que no es sino por vía del conocimiento de la literatura brasileña que se puede llegar a tomar conciencia de la literatura nacional. Sirviéndose de una cita de *American Literature* de John Nichol (1882), Merou (1900, pp. 4-5) traza un paralelo entre Argentina y Brasil con Norteamérica, comprendiéndolas como naciones que no han cultivado aún “el espíritu” (la belleza), como Europa, ocupados en la conquista del medio. Cf. Fernández (2012).

Pardo Bazán (1851-1921). En aquel número, vale señalar, publican autores consagrados como Rudyard Kipling (1865-1936)³⁰ o François Coppée (1842-1908).³¹ En su rol de escritor *freelance*, incluso en un “perverso inglés”, logra publicar el cuento y cobrar un generoso estipendio. Su relato, elude, sin embargo, el reconocimiento de una motivación económica y, en ello, de su desempeño profesional como escritor, una pose hartamente difundida entre los modernistas.



A HERO.
BY PAUL GROUSSAC.



Drawn by J. Cabrinetty.
THE TRAGEDY OF COUNT MÓR.



A HERO.

111



“WAVING HER HANDKERCHIEF TO THE LIGHTHOUSES IN THE BAY.”

Figura 2: ilustraciones de José Cabrinetty Guteras para *A Hero*, de Groussac, en *The Cosmopolitan*, v. XVIII.

³⁰ “An Error in the Fourth Dimension”. Ilustraciones de W. Van Schaick.

³¹ “The Christmas Betrothal”. Ilustraciones de J. Wagrez.

“La herencia”, un relato macabro que recuerda anacrónicamente a los de *Las fuerzas extrañas* de Lugones (1906), pone en escena a un científico europeo –un personaje ficticio, el doctor Broda, profesor de Patología Mental de la Universidad de Praga– en busca de una terapéutica para curar la locura hereditaria. Este cuento, en el que puede hallarse un intertexto con los relatos de casos psiquiátricos que elogia del ensayo de Ramos Mejía, sostiene en tensión, al optimismo científico del positivismo, los “Caros estudios psiquiátricos, que encierran [...] la filosofía y la sociología del porvenir” (GROUSSAC, 1898a, p. 97), con la fatalidad de su objeto, la “misteriosa herencia”, que expone un primitivismo latente. En la novelita, el doctor Broda, personaje que, a su vez, evoca a los psiquiatras descriptos por Pinel, advierte sobre el conde Karoli Tzanadi: “Era para mí indudable que ese pobre muchacho estaba colocado bajo la influencia poderosa, aunque no invencible, de una herencia mórbida acumulada en tres o cuatro generaciones” (GROUSSAC, 1898a, p. 97). Presentado el caso en la Academia por el doctor Broda como un triunfo de la ciencia, el caso se descubre, posteriormente, en la intimidad de la correspondencia, como un crimen secreto que expone el triunfo fatal de la pendiente atávica. El relato concluye con una rectificación a la que el narrador describe como la “firma de una capitulación” (p. 107).

Leído en *La Biblioteca*, en diálogo con sus demás intervenciones en la revista, este relato expone los extremos de oscilación del pensamiento sanitarista de Groussac. Si bien en sus artículos impugna la “herencia mórbida”, el concepto sobrevive parasitariamente en la publicación de este cuento en el marco de la discusión que él mismo sostiene sobre la “herencia general”. La teoría eugenésica, en este caso, sirve a también a los fines pedagógicos, moralizadores, mediada por los recursos truculentos que el propio Groussac le critica a la literatura folletinesca. Vale recordar que esta producción literaria tiene como primer lector a las mujeres. Para el público masculino, compone un discurso científico y de edificación moral; para el público femenino, ensaya una obra literaria que sondea los temores a las taras congénitas, que él mismo procura desmontar en su discusión con la teoría eugenésica. El cuento reafirma esta impronta de ingeniería social de su programa cultural, en el que, contra los atavismos, es clave la influencia de las relaciones sociales y de los espacios en los que se cultiva, como patrimonio, el honor familiar, la “herencia general”.

Groussac propone proceder con la literatura del mismo modo que con los espacios urbanos; evitar aquellas obras que puedan dañar el buen nombre, la honra. Este deslinde guarda correspondencias también con la lógica de la separación de los desechos, expulsados del ámbito doméstico, para ser concentrados y tratados por el Departamento Nacional de Higiene. Como “basura social”, Groussac (1897b, p. 319) comprende a toda subjetividad inasimilable, con la que deberá inevitablemente entrar en contacto el lector de *París*, de Zola. En esa especie de cesto, la “espuerta” que es el folletín, se confunden, como una misma cosa, en la comunión de la basura, los desclasados, los trabajadores de la miseria, las sexualidades perseguidas, las múltiples formas de resistencia al capital. Groussac acentúa particularmente un concepto dimensional de la literatura, que concentra las experiencias nocivas de la vida *sacer*:

Conforme a la poética naturalista, el héroe tendrá que rozarse con las peores comparsas del drama, hombres de presa y mujeres de empresa, leones y anarquistas; respirará como una atmósfera de paraíso, las bocanadas de alcoba y orgía; saludará profundamente a las *cocotes* y baronesas peores que aquellas; apretará con agradecimiento manos blandas de banqueros y politiqueros averiados, de calaveras inmundos escapados del proceso Oscar Wilde* [*nota al pie: El joven millonario Jacinto: “*Collectiviste, anarchiste, pessimiste, symboliste, meme sodomiste (sic) sans cesser d’être catholique*”]: salpicará su sotana de fantoche tonsurado con todo el lodo del bulevar y todo el fango del vicio... No son desde el principio y por supuesto, no serán más adelante, sino escenas del crimen y la depravación, con diestros entreactos de evangelismo verboso y convencional; todo ello recalentado, repetido, recogido en las novelas y gacetas contemporáneas, en las espuestas de la basura social, sin más novedad que la violencia premeditada del colorido y, acá y allá, una página descriptiva, en que la virtuosidad anticuada de la ejecución envuelve una indigencia intelectual de pensador para reuniones anarquistas (GROUSSAC, 1897b, pp. 318-319).

Destinado a la “escudilla” y a la “espuerta”, el folletín es asociado insistentemente con las múltiples formas del desecho social moderno. En esta impugnación que Groussac (1897b, p. 323) hace del “vicio” por su “esterilidad”, subyace la arraigada concepción organicista de la época. Rechazar esta “mercancía lupanaria” implica intervenir sobre los “excesos” propios de la vida democrática, por los cuales se confraterniza cotidianamente con el lumpen, los obreros y los anarquistas. Tal como lo recupera con frecuencia la narrativa de Roberto Arlt (1933), la muerte social para el patricio es la degradación, el caer entre *Las fieras*. Groussac (1897b, p. 315) lo advierte al referirse al diario en el que originalmente se publica *París* de Zola: “Hay escalones en la degradación. El *Journal* no es diario

que ningún hombre formal o mujer honrada confiese haber comprado”; por ello, afirma que no debe celebrarse como un logro del diario *La Nación* la publicación de esta novela (GROUSSAC, 1897b, p. 316).³² La lectura del folletín, o de los diarios y revistas populares, es estigmatizada como lectura impúdica, inconfesable, como producto que se sostiene apelando a las mecánicas más primitivas del hombre, un lucro, por ello, repudiable, por el cual Groussac califica a *La Nación* como “órgano farisaico de la burguesía porteña” (p. 314). Por este contenido, Groussac (1897b, pp. 314-315) lo posiciona, incluso, en una escala de degradación periodística:

El Journal es algo así como un sub *Gil Blas*, un diario de cinco céntimos que vive de reclamos e interlopes y necesita aumentar su circulación para hacer subir proporcionalmente sus tarifas clandestinas. No penetra en una casa decente. Y es, desde luego, un indicio harto elocuente del aprecio que merecen las últimas producciones de Zola, el que ningún diario serio o en buena situación –ni el mismo *Figaro*, que no peca de melindroso– haya aceptado esa mercancía lupanaria.

Groussac (1897b, p. 323) centra sus críticas al folletín en lo que llama el “lucro sórdido”, la apelación a contenidos lúbricos y macabros, en respuesta a una importante demanda popular, también turística en ese entonces, de aquellos que tienen a París como capital del placer. Definiendo al folletín como un “cebo ofrecido a los peores instintos” (p. 323), Groussac advierte una falta a la moral y a la propia concepción científica que sostiene, por principio, la obra. Apelando a un diagnóstico moral, abusando de su apología a la estadística, señala que el acento del novelista en los bajos fondos de París, no representaría con fidelidad a la ciudadanía de la capital francesa. “Es una ínfima y despreciable minoría, la que nace y pulula en el muladar cosmopolita” (p. 323). Los marginales que visibiliza la novela son, para el bibliotecario mayor, una minoría decadente, mórbida, anónima, frente a otra mayoría ausente, la verdaderamente histórica, el auténtico referente por su calidad moral. El París de Groussac es “El faro secular erguido sobre el mundo, porque abriga una mayoría de la población que es la más honrada, inteligente y laboriosa del orbe civilizado” (p. 322). Su ataque al folletín, en este sentido, implica también salvar a París de su asociación cosmopolita con la marginalidad y el decadentismo.

³² Ricardo Rojas (1948), en su *Historia de la Literatura Argentina*, alude con frecuencia a las obras de Eduardo Gutiérrez como referencia de la mala literatura. Describe a su estilo folletinesco como un “descenso” literario (p. 627).

Hoy se describe a París como ayer a Roma, con idéntico fin y procedimientos invariables. No son más que cuadros de abyección e ignominia, en que la complacencia del pincel, o de la brocha, revela el móvil interesado del pintor. Y todo ello es falso, grotescamente caricatural, pintado de *chic*: tan absurdo como el registro de un hospital o de un manicomio que pretendiera ser el resumen cabal de la humanidad (GROUSSAC, 1897b, p. 317).

Roma es también un referente insoslayable a la hora de pensar la ciudad moderna, tan importante como París, pero como paradigma de la modernidad desigual e incompleta y de la supervivencia anacrónica de la antigüedad. En esta impugnación al París de los reos, se juega también la salvación del estereotipo de la Ciudad Luz, de un imaginario apolíneo de la capital francesa, sustento de los valores espirituales de la latinidad contra la lógica económica asociada al anglosajón, como parte de la disputa simbólica de las facciones coloniales, a fines del siglo XIX, de la que participa el propio Groussac desde el Río de la Plata. En su diagnóstico, Groussac asocia esta atracción mórbida por lo marginal con la decadencia de la cultura occidental y con la democracia, de las que deriva un estado generalizado de escepticismo. Presenta, a su vez, al anarquismo como una de sus principales expresiones. Por ello, afirma, “Somos enfermos porque ya no creemos en nada” (GROUSSAC, 1897b, p. 324). Asumiendo que el debacle de la civilización cristiana es “ineluctable”, apela, con hondo patetismo, a un deber de defenderla evitando que este “virus secular” invada el nuevo mundo.

Los ensayos y folletines de Paul Groussac nos ofrecen una valiosa muestra de un concepto de desechos social y literario en el canon crítico argentino de fines del siglo XIX. Con estos ensayos, el bibliotecario mayor procura apartar a los jóvenes escritores de la literatura militante, asociada al naturalismo de Zola, para reconducirlos hacia una literatura que contribuya a la reproducción social y la renovación estética y cultural de la nación. Podemos advertir, en este sentido, con sus vaivenes, el ocaso en la crítica de la teoría sociológica eugenésica frente a la teoría estético-filológica (o la estadística) en el análisis del fenómeno poblacional, literario, científico e histórico-cultural moderno, tanto del Cono Sur como de Europa y los Estados Unidos. Intervenciones locales en las que se evidencia una sintonía de la región en su respuesta, prácticamente en simultáneo, de los debates contemporáneos, principalmente del canon literario y científico francés. Parafraseando a Rubén Darío, podemos decir que Groussac sostiene un coloquio de centauros entre las autoridades del canon, los *gerontes* de “largas barbas como los padres-ríos”, y los escritores

nóveles, “imberbes ágiles y de piafantes bríos”, así como también con las lectoras, “las ninfas rosadas en los raptos”. Sus intervenciones oscilan entre la censura y la propuesta de reconducir este germen revulsivo del naturalismo hacia una literatura con sentido edificante.

REFERENCIAS

- ARLT, Roberto. Cuentos completos. Buenos Aires: Losada, 2012.
- ANTELO, Raúl. *Archifilologías latinoamericanas*. Villa María: Eduvim, 2015.
- BONFIGLIO, Florencia. En zaga de tantos otros: Paul Groussac y la angustia de las influencias en el Río de la Plata. *Orbis Tertius*, v. 16, n. 17, 2011, [s.p.]. Disponible en: <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/10715>>. Acceso: 7 sept. 2022.
- BORGES, Jorge Luís. *Historia de la eternidad*. Madrid: Alianza, 1998.
- CHIGNOLA, Sandro. Michel Foucault y la política de los gobernados. *Deus Mortalis*, n. 9, 2010, pp. 223-260.
- COPPÉE, François. The Christmas Betrothal. *The Cosmopolitan. A Montly Illustrated Magazine*, v. XVIII, Nov. 1894, pp. 212-220.
- CORNEJO POLAR, Antonio. Mestizaje e hibridez: Los riesgos de las metáforas. Apuntes. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 47, 1998, pp. 7-11.
- DARÍO, Rubén. Coloquio de los centauros. *La Biblioteca*, n. 2, t. 1, jul., 1896a, pp. 258-267.
- DARÍO, Rubén. Folk-lore de la América Central. Representaciones y bailes populares de Nicaragua. *La Biblioteca*, n. 3, t. 1, ago. 1896b, pp. 403-409.
- DARÍO, Rubén. Poemas de América. *La Biblioteca*, n. 10, t. 3, mar. 1897a. pp. 414-421.
- DARÍO, Rubén. El hombre de oro. *La Biblioteca*, n. 12, t 4, may. 1897b, pp. 247-261.
- DARÍO, Rubén. El hombre de oro. *La Biblioteca*, n. 13, t. 4, jun., 1897c, pp. 384-396.
- DARÍO, Rubén. El hombre de oro. *La Biblioteca*, n. 16, t. 5, sept. 1897d, pp. 433-442.
- DARÍO, Rubén. Zola trabaja. París. *La Nación*, 2 de oct, 1897e, p. 3.
- DARÍO, Rubén. *Los raros*. Barcelona: Maucci, 1905.
- DARÍO, Rubén. *Escritos inéditos recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados*. E. K. Mapes (Ed.). New York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1938.
- DARÍO, Rubén. *Poesías completas*. Madrid: Aguilar, 1961.

- DARÍO, Rubén. *Crónicas viajeras. Derroteros de una poética*. R. Caresani (Ed.). Buenos Aires: Ed. FFLUBA, 2013.
- FERNANDEZ, Juan Manuel. Ruben DaRío. Una obnubilación brasilica. *Caracol*, n. 3, 2012, pp. 102-133. Disponible en: <<https://www.revistas.usp.br/caracol/article/view/57684>>. Acceso en: 6 oct. 2023.
- FOUCAULT, Michel. *El poder psiquiátrico. Curso del Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- GARCÍA MEROU, Martín. El Brasil intelectual. *La Biblioteca*, n. 5, 1896, pp. 168-200.
- GARCÍA MEROU, Martín. *El Brasil intelectual*. Buenos Aires: Felix Lejeune, 1900.
- GENERANI, Gustavo. Roberto J. Payró. El realismo como política. In: GRAMUGLIO, M. T. (Org.). *Historia de la literatura argentina*. T. VI. Buenos Aires: Emecé, 2014, pp. 61-89.
- GHIRALDO, Alberto. *Los nuevos caminos*. Buenos Aires: Biblioteca de El Sol, [s.f.].
- GONZÁLEZ, Horacio. *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2004.
- GONZÁLEZ, Horacio; VERMEREN, Patrice. *Paul Groussac. La lengua emigrada*. Buenos Aires: Colihue, 2007.
- GRAMUGLIO, María Teresa. El realismo y sus destiempos en la literatura argentina. In: GRAMUGLIO, M. T. (Org.). *Historia de la literatura argentina*. T. VI. Buenos Aires: Emecé, 2014, pp. 15-37.
- GROUSSAC, Paul. A Hero. *The Cosmopolitan. A Montly Illustrated Magazine*, Ilustraciones de José Cabrinety, v. XVIII, nov. 1894, pp. 108-115.
- GROUSSAC, Paul. Introducción. Degeneración hereditaria. In: RAMOS MEJÍA, José María. *La locura en la historia. Contribución al estudio psicopatológico del fanatismo religioso y sus persecuciones*. Buenos Aires: Félix Lejeune, 1895, pp. V-LVII.
- GROUSSAC, Paul. La biblioteca. *La Biblioteca*, n. 1, t. 1, 1896a, pp. 5-8.
- GROUSSAC, Paul. La paradoja de las “Ciencias sociales”. *La Biblioteca*, n. 5, t. 2, 1896b, pp. 309-320.
- GROUSSAC, Paul. Boletín bibliográfico. Los raros. *La Biblioteca*, n. 6, t. 2, 1896c, pp. 474-480.
- GROUSSAC, Paul. Boletín bibliográfico. Prosas profanas. *La Biblioteca*, n. 8, t. 3, 1897a, pp. 156-160.
- GROUSSAC, Paul. La educación por el folletín. *La Biblioteca*, n. 18, t. 6, 1897b, pp. 313-324.

- GROUSSAC, Paul. Alphonse Daudet. *La Biblioteca*, n. 19, t. 6, 1897c, pp. 428-453.
- GROUSSAC, Paul. La herencia. *La Biblioteca*, n. 20, t. 7, 1898a, pp. 94-107.
- GROUSSAC, Paul. Redactores de *La Biblioteca*. Tomo primero-octavo. Rubén Darío. *La biblioteca*, n. S/r, t. 1-8, 1898b, pp. 256.
- GROUSSAC, Paul. *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte*. T. 1. Madrid: Librería General de Victoriano Suarez, 1904.
- GROUSSAC, Paul. *Relatos argentinos*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1922.
- JAIMES FREYRE, Ricardo. *La prosa de Jaimes Freyre*. T. 1. Ana Rebeca Prada (Org.). La Paz: Plural, 2015.
- JÁUREGUI, Carlos A. Calibán. Ícono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío. *Revista Iberoamericana*, v. LXIV, n. 184-185, 1998, pp. 441-449. Disponible en: <<https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/6119>>. Acceso en: 7 sept. 2022.
- KIPLING, Rudyard. An Error in the Fourth Dimensión. *A Cosmopolitan. The Montly Illustrated Magazine*, v. XVIII, 1894, pp. 212-220.
- LUDMER, Josefina. *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2011.
- MOLLOY, Silvia. *Poses de fin de diglo*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.
- PAS, Hernán. La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX. *Cuadernos Americanos*, n. 151, 2015, pp. 37-61.
- RAMOS MEJÍA, José María. *La locura en la historia*. Buenos Aires: Félix Lejeune, 1895.
- RAPOPORT, Mario; CERVO, Amado Luiz. *El Cono Sur. Una historia común*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- RODRÍGUEZ PÉRSICO, Adriana. *Relatos de época. Una cartografía de América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2008.
- ROGERS, Geraldine. *Caras y caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*. La Plata: Editorial de la Universidad de La Plata, 2008.
- ROGERS, Geraldine. Émile Zola en los textos porteños de Rubén Darío: una autoimagen de los escritores modernos en la Argentina finisecular. *Anales de literatura hispanoamericana*, v. 39, 2010, pp. 173-189.
- ROJAS, Ricardo. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Losada, 1948.
- ROMANO, Eduardo. *Revolución en la lectura*. Buenos Aires: Catálogos El Calafate, 2004.

- SALESSI, Jorge. *Médicos, maleantes y maricas*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1995.
- SANTIAGO, Silviano. *O Cosmopolitismo do pobre*. Belo Horizonte: Ed. UFMG, 2004.
- SARLO, Beatriz. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Catálogos, 1985.
- VIÑAS, David. *Literatura argentina y política*. V. 1. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2005.
- ZOLA, Emilio. *La caída del padre Mouret*. Madrid: El Cosmos, 1887.
- ZOLA, Emilio. Acuso!... Proceso de Dreyfus. Carta de Zola a Félix Faure, presidente de la República. *La Nación*, 2 feb. 1898, p. 2.
- ZOLA, Emilio. *Germinal*. Trad. Ángel de Luque. Madrid: El Cosmos, [s.d.].

Recibido: 8/9/2022
Aceito: 23/9/2023
Publicado: 7/12/2023